



HISTORIAS BREVES
CON TRAZO GRUESO

Carlos Manuel Lorenzo

HISTORIAS BREVES
CON TRAZO GRUESO



Primera edición: marzo 2023

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Carlos Manuel Lorenzo

ISBN: 978-84-19748-22-5

ISBN digital: 978-84-19748-23-2

Depósito legal: M-7762-2023

Editorial Adarve

c/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

ÍNDICE

Agradecimientos.....	10
¿Por qué «Historias breves con trazo grueso»?	12
40000 a. C. - La herencia de Caín	14
39999 a. C. - El mensaje de la Diosa.....	22
48 a. C. - Sit nobis terra levis.....	28
42 d. C.- Lo que es debido.....	34
127 d. C. - El olfato	40
950 d. C. - Glosario de términos del viaje en el tiempo de Abderramán III.....	42
1502 d. C. - La mano del hombre muerto.....	50
1575 d. C. - El hombre extraordinario.....	56
1640 d. C. - La burla	60

1872 d. C. - Belasco Santxotena.....	68
1885 d. C. – No hay paraísos.....	76
1890 d. C. - Irina	88
1894 d. C. – Historia de un piano.....	92
1927 d. C. – Científicos	102
1938 d. C. – El reencuentro.....	112
1940 d. C. - El dios de la máquina.....	116
1965 d. C. - El dios vago.....	126
1997 d. C. – La ocasión es calva	130
2008 d. C. – Recaída	142
2009 d. C. – La víspera del día patrio.....	146
2011 d. C. – Vendetta	156
2017 d. C. – No habrá otro Edén.....	162
2018 d. C. – La bifurcación	178
2112 d. C. – El muro	190

Agradecimientos

Cualquier autor, en su primera obra, tiene mucho que agradecer. Para empezar al grupo editorial Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L. que, a través de su sello Editorial Adarve, ha confiado en mí.

Ahora, desde el afecto y por la influencia que han tenido en que sea quien soy (por orden de aparición en mi vida), recordar a mi madre, Matilde Gilsanz; mi padre, Carlos Lorenzo; mi esposa Guadalupe Corvo y mis hijas Clara, Raquel y Ana. Tienen que estar aquí, también, mis hermanos: Olga, Paloma, Álvaro, Belén, María del Mar y Kiko.

Creo que es de justicia que cite expresamente a los responsables de depurar mi técnica y mi estilo, con críticas amables y rigurosas: Aranzazu de Isusi y Álvaro Fierro.

No quiero olvidarme de las personas que han sido lectores de la obra y han aportado esa confianza necesaria para llegar a creer que, lo que escribo, puede merecer la pena: Belén Cacharro, Darío Díaz y Eloy Hernández.

Finalmente, mencionar a todos aquellos que han sido mis compañeros en las diversas aventuras literarias en las

que he participado. Los voy a citar sin orden ni concierto, desde el afecto y la gratitud, con la convicción de que me olvido de muchos y la tristeza que eso me produce:

Kiko Lorenzo, José Antonio Mellado, María del Mar Lorenzo, Daniel F. Bravo, Vio, Alberto Sáez, Rosa Vázquez, Maite Bellido, Ana Velasco, Fernando Medina, Hugo Rodríguez de Miguel, Marisi Ramírez, Alberto Masa, Virginia Ceballos, Soledad Salvador, Mónica Romero, Marta de Castro, Cristina Elósegui, Mari Cruz Carreño y Carlos Loring.

¿Por qué «Historias breves con trazo grueso»?

Los veintiún primeros relatos no son Historia, evidentemente son ficción. Tampoco se limitan solo a estar ambientadas en una época concreta: los sucesos y fechas que se mencionan están documentados y hay un esfuerzo por conocer y comprender a los personajes reales que aparecen. Obviamente las escenas, los diálogos y los personajes imaginarios son inventados, pero hubieran podido pasar. Hay excepciones: un narrador no confiable y una precuela. Me encantaría que el lector me hiciese partícipe de sus esfuerzos por adivinarlos. Los tres últimos hablan de futuros posibles.

Son breves porque no buscan desarrollar una tesis, sino mostrar momentos que, con frecuencia, no son muy conocidos. En ningún caso tratan de hacer un retrato pormenorizado de un personaje o la descripción de una época, sino de plantear puntos de vista difusos y sorprendentes, como en una pintura impresionista. Además, la brevedad permite que el lector sea más dueño de su tiempo.

Son de trazo grueso porque están llenos de opiniones que se insinúan como pinceladas poco definidas. Aspectos que cada uno puede descubrir y que están más allá de la voluntad del autor.

Hay una continuidad en la esencia que inspira a todos los relatos a lo largo de la línea temporal. Cada uno trata aspectos diferentes, pero, vistos desde la distancia, componen un cuadro general que cambia según los distintos ángulos.

Finalmente, no se trata de argumentar una posición, sino de plantear debates: con el autor, con los personajes y con otros lectores.

40000 a. C. - La herencia de Caín

Cuando duermo, siempre la claridad viene desde lo más profundo de la caverna, desde el interior de mi espíritu, desde la memoria de mis antepasados. Noto mi amuleto, el último recuerdo de mi familia, que ha ido pasando de madre a hija por generaciones, antes incluso de que el hielo cubriese las crestas de las montañas y avanzase hacia el valle. Sueño con el viejo tullido que está pintando a la luz de un candil hecho con hueso, donde quema el tuétano. No produce humo, por eso se puede usar tan adentro. Habla con los espíritus, los invoca, pide perdón por la muerte de un animal o la protección contra el muro de hielo, que avanza imparable empujando el invierno delante de sí.

Veo cómo su halo se enreda en cada peña, arrancando sombras que cobran vida. Son los fantasmas de los míos, de los últimos humanos, que vuelven para pedirme que me reúna con ellos, que me abandone a la muerte y deje de sufrir.

Los ruidos del campamento que despierta se cuelan en mi mente, como si quisieran avisarme de lo que va

a suceder. A veces recibo una patada, otras me queman con una brasa que agoniza en la hoguera o bien sus cachorros se arremolinan a mi alrededor y me golpean con palos. Yo no puedo devolver los golpes, me matarían, solo puedo protegerme con el brazo y gritar, esperando que se cansen. Ojalá no hubiera un nuevo día, ojalá despierte y hayan desaparecido porque el espíritu del mamut, nuestro tótem, haya decidido vengar la matanza de su gente. Nunca ocurre, estoy cansada de esperar un milagro que no llega.

Una vieja hembra me obliga a trabajar, golpeándome con una estaca, los demás ríen la ocurrencia. El tullido es el que más ríe. Sabe que él ocuparía mi lugar si yo no estuviera. Me dejan sobrevivir porque disfrutan mortificándome. Trato de buscar un rincón oscuro donde volverme invisible. Poco a poco van saliendo al exterior hasta que ya no queda nadie. Entonces me atrevo a asomarme a la entrada y contemplo el valle que un día fue nuestro.

Veo el río, corriendo caudaloso en medio de un bosque de robles, hayas, castaños y fresnos. Generaciones de humanos hemos usado su madera para fabricar lanzas, más altas que dos de los nuestros uno sobre otro, con una punta de piedra en su extremo. Los árboles se hacen más escasos conforme te alejas del río y empiezan a aparecer los pinos y abetos que trepan valientes por la ladera y llegan hasta el borde del muro de hielo. Todos los inviernos avanza amenazador para retirarse algunos pasos en verano. Hace un frío seco, que corta, pero yo estoy acostumbrada. Llevamos aquí desde que existen

las montañas. Los humanos somos de baja estatura pero muy recios, brazos y piernas cortas y fuertes, hombros anchos, piel blanca, ojos claros y pelo rubio o rojo. Tenemos narices anchas y bulbosas, así el aire entra caliente a los pulmones. Cazamos plantando cara a nuestras presas, los grandes animales: bisontes, rinocerontes lanudos, renos y mamuts. Les clavamos nuestras lanzas cargando contra ellos o desde arriba, cuando han caído en nuestras trampas. A veces, saltamos a sus lomos para golpearlos en la testuz con nuestras hachas de mano o clavarles azagayas en el cuello. Alguno de los nuestros se ha roto brazos o piernas en la lucha, pero los cuidamos para que sanen y con frecuencia llegan a curarse.

Desde la boca de la caverna puedo ver a los cazadores alejarse, todos los machos excepto los muy ancianos y el tullido. Llevan sus lanzas del tamaño de los brazos abiertos. Están afiladas y tienen pequeñas lascas de piedra clavadas en la punta, endurecida al fuego. Ellos prefieren arrojarlas. Puedo ver cómo se despliegan, rodeando una manada de ciervos.

Un grupo de hembras me ha visto en la entrada de la cueva y una de ellas me amenaza con el puño. Algún cachorro me tira piedras, pero se apartan rápidamente. Lanzan sus insultos en la distancia porque me temen, saben que podría matarlas fácilmente. Incluso podría derrotar a uno o dos de sus viejos machos en una lucha cuerpo a cuerpo... pero son demasiados. Su número es su fuerza.

Rebusco comida entre los restos de su cena de anoche, luego salgo al exterior para disfrutar del sol calen-

tándome los huesos. Lanzo un sordo gruñido de placer, el único que me queda. Busco ente los matorrales bayas o ratones con que saciar mi hambre. Peso casi el doble que sus hembras, necesito alimentarme. Ellas mantienen la distancia y me dejan en paz. Es la mejor hora del día.

Hacía meses que los clanes que viven por donde sale el sol traían noticias de estos extraños seres. Altos y delgados, de pieles oscuras y ojos marrones. Sus pequeñas cabezas, cubiertas de pelo negro, tienen frentes abombadas sin el bulto que nos protege los ojos, con la mandíbula inferior terminada en un extraño hueso. Sus narices chatas no evitan que el aire frío les entre en los pulmones y enferman con frecuencia. No son muy fuertes pero sí infatigables, jamás se cansan de correr. Son capaces de fabricar bonitos trajes de piel, cosidos con agujas de hueso y hebras de tendones de ciervo. También pintan en la roca al bisonte y al reno y tallan sus figuras en hueso o con barro.

Los clanes huyeron de ellos porque todo lo llenan. Viajan en grupos grandes y ruidosos que no paran de parlotear. Ocupan los valles por completo y nadie más puede cazar allí.

Cuando llegaron, el clan les cedió la otra orilla, pero pronto no fue suficiente. Entonces decidimos luchar. Perdimos tantos hombres como dedos hay en ambas manos. Los extraños enterraron tres veces esa cantidad, pero aún quedaban muchos más con vida. De los míos solo quedaba yo. Habría querido huir, buscar a otros humanos, pero no hay noticias de ninguno. Nadie sobrevive solo en el mundo del hielo.

El sol ha comenzado a descender por detrás del muro blanco, reflejándose en él, multiplicando sus rayos una y otra vez. Ahora la claridad viene de todos lados. Noto cómo el pánico agarrota mis piernas y comienzo a jadear. Ya vuelven los machos, debo ocultarme. Tal vez hoy me olviden, quizás prefieran pavonearse de sus éxitos, charlando sin parar alrededor de la hoguera hasta que el sueño los venza.

Corro al interior de la cueva, buscando los rincones ocultos por las sombras. Ahora la claridad es mi enemiga. «Hoy no, espíritu del Mamut, por favor, hoy no», sollozo, aferrándome a la última esperanza, defraudada siempre pero no tengo nada más.

Los oigo reír a grandes voces, contando la jornada. Entiendo la mayoría de sus palabras. Han cazado un gran ciervo. Su carne les dará alimento, su piel vestido y sus cuernos y huesos material para fabricar lanzas, herramientas y tallar sus figuras. Se han cansado de presumir, ahora hablan de mí. «Que no vengan, por favor... que no vengan». Oigo sus pasos y huelo el humo de sus antorchas. Me golpean, me arrojan al suelo y me sujetan entre cuatro. Después se turnan para violarme una y otra vez. Al principio luchaba con todas mis fuerzas, aquello les divertía aún más. Ahora solo espero a que pase, mientras evoco mentalmente canciones de mi infancia. A veces hablo con mi madre, siento su presencia y su voz en la cabeza y espero... espero hasta que se cansan y se van. El tullido nos mira apartado y se ríe a carcajadas, con su cara de hurón cobarde.

Al principio me preguntaba por qué lo hacían. No es por placer, sé que les doy asco. Es solo humillación y dominio. Es porque estoy indefensa, porque quedarán impunes... lo hacen porque pueden. Lo hacen aunque estoy esperando un hijo suyo.

No soy capaz de dormir, oigo al tullido raspando y golpeando un pedazo de asta de ciervo. Las imágenes de lo que acaba de pasar clavan sus garras en mi mente y no puedo echarlas. Revivo la escena una y otra vez. El eco de la risa del tullido reverbera en mi cabeza, como antes lo hizo por toda la caverna. La luz de su lámpara se arrastra hasta mi rincón, haciendo brotar al espíritu de mi madre de las sombras.

—Hola, hija mía.

—Hola, madre. Ya no aguanto más. Mañana me quitaré la vida.

Me mira con pena, mientras niega con la cabeza.

—Esperas un hijo, es el último humano, debe vivir.

Sus palabras me estrujan el corazón y me llenan los ojos de lágrimas.

—Ellos tratarán a mi hijo como a un animal. Le enseñarán a despreciarme y a burlarse de mí. Se reirán de él y lo humillarán —no puedo contener el llanto que sale abundante de mis ojos, entre suspiros—. No es buena vida. ¡Mejor morir!

Me tomo unos instantes para serenarme, busco entre las sombras al resto de los míos pero hoy solo está ella. No han querido venir porque no están de acuerdo.

—Los extraños son crueles, madre. Nos han exterminado y continuarán matando a todos los que encuentren.

Pronto serán los únicos sobre la tierra y entonces comenzarán a matarse entre ellos.

Mi madre se entristece, asiente con la cabeza mientras medita sobre mis palabras. Me mira con lástima y respira hondo. En el fondo de la cueva, el tullido sigue con su trabajo, rítmico, sonoro, monótono... como mi sufrimiento.

—Hija, solo estás tú. Nuestra sangre no vivirá a no ser que se mezcle con la suya. El futuro de los humanos descansa sobre tus hombros. Tu sufrimiento es nuestra esperanza. Resiste... es lo único que pueden hacer las almas torturadas.

«Mi hijo vivirá, tal vez tenga que soportar su desprecio y quizás vea cómo lo humillan, pero vivirá y la sangre de los humanos viajará mezclada con la de los extraños», pienso. Mi madre ha desaparecido y el sueño me vence. Apenas han pasado unos minutos, pero ya oigo pasos. ¡Espíritu del Mamut, no permitas que empiece el día!

El tullido se detiene junto a mí y deja algo. Me espabilo. Ha estado labrando un mamut de marfil. Es su manera de decirme que está arrepentido... pero no tanto como para defenderme. Es un cobarde. Para que el mal triunfe basta con que los buenos no hagan nada. ¡Los odio a todos! ¡Ojalá el muro de hielo se los trague! Pero no todavía... no hasta que mi hijo haya crecido fuerte y sano, tenga hijos que multipliquen la descendencia de los humanos y nos haga vivir para siempre.

P.S.1 Según los últimos estudios de genética, los *Homo Sapiens* no africanos llevamos entre un 1,8 y un 2,6% de genes neandertales. En conjunto preservamos de la extinción el 20% de ese genoma. Duro golpe para los supremacistas blancos: lo que nos hace diferentes de otros grupos humanos es, precisamente, el legado genético de una especie extinta, considerada inferior.

P.S.2.- El estudio genético: «The genetic history of Ice Age Europe» analiza la presencia humana en Europa desde hace cuarenta y cinco mil años hasta hace siete mil. Las primeras oleadas de humanos modernos tenían la piel oscura o negra. Hasta hace unos trece mil años no llegó un grupo que tuviese la piel clara. Los neandertales eran de piel blanca y pelo rubio o pelirrojo. Quien esté interesado en conocer más sobre ellos, puede visitar el «Valle de los Neandertales» en Pinilla del Valle, curso alto del río Lozoya, en la Comunidad de Madrid.

39999 a. C. - El mensaje de la Diosa

Me despierto sobresaltada. Noto el contacto de una mano en el hombro y aprieto con fuerza a mi hijo contra el pecho. Me vienen a la mente las imágenes de lo ocurrido anoche: me quitaron al niño y comenzaron a lánzase uno a otros, como si fuesen los despojos inertes de una alimaña. Reían y me golpeaban mientras corría impotente por toda la cueva, tratando de recuperarlo. Al fin se cansaron del juego y lo lanzaron al aire, desentendiéndose. Pude cogerlo antes de que chocara contra el suelo. Me quedo sin respiración al recordar, ha sido la pesadilla que me ha atormentado toda la noche.

Vuelvo la cara, buscando a quien me toca. Es el tullido. A la figura repulsiva que tienen todos los extraños, con su piel morena, nariz chata, brazos y piernas largos y delgados, él une su deforme cojera. Me repugna su aspecto y su debilidad. Lo odio. Sé que yo les doy asco también, pero no me importa. Se lleva un dedo a los labios, para que no haga ruido. ¡Estúpido! Los humanos morimos sin quejarnos. Muchos de los nuestros son aplastados por los mamuts heridos por las lanzas, sin emitir un quejido.

—Nos vamos —susurra—. Coge todo lo tuyo.

La luna asoma a la boca de la caverna, velada por un cerco de nubes que augura un frío gélido. El fuego de la entrada apenas puede calentar el aire del norte que se cuele en la cueva, tras agitar levemente las copas de los árboles. Todos duermen, también el centinela de la entrada, agotado por la cacería de ayer. Fuera se escucha el aullido del lobo, la risa de la hiena y el rugido de los grandes felinos. Todos cazan sobre el hielo, en su lucha para sobrevivir. Son peligros posibles, pero me asustan más los extraños con los que convivo. «El futuro de los humanos descansa sobre tus hombros», las palabras del espíritu de mi madre regresan a mi cabeza. Reúno mis cosas, cubro a mi niño lo mejor que puedo y echo a andar tras el bamboleante tullido, torpe como un oso alzado sobre sus patas traseras. Carga con un fardo tan grande como la joroba de un bisonte. Pronto despertarán los demás y tal vez les divierta darnos caza. Hay que darse prisa.

Las horas pasan. Caminamos rápido, volviéndonos a mirar cada pocos pasos. A pesar de su cojera y del enorme bulto que acarrea, el tullido parece incansable. Los extraños están acostumbrados a largos esfuerzos, en cambio los humanos somos más rápidos, pero tenemos que descansar más a menudo. El sol ha salido ya aunque calienta poco. El niño necesita calor, lleva mucho tiempo fuera y es hijo también de un extraño, no soporta el frío como lo haría el bebé de dos humanos. Venzo mi repugnancia y toco al tullido en un brazo. Alzo al niño ante mi cara y se lo muestro.

—Tenemos que encontrar una cueva. El crío está empezando a cambiar de color. Tiene los labios amoratados —dice—, allí arriba debería de haber un abrigo.

La ladera está salpicada de bloques de roca, desprendidos de la cumbre, que arrastraron a su paso todo lo que encontraban. Alguno de ellos excavó un sendero que permite alcanzar una cornisa, en la que se abre la oscura boca de una galería. El tullido comienza a escalar y yo le sigo. Sus largas piernas le permiten salvar los obstáculos, se está distanciando poco a poco a pesar de su invalidez. De pronto se queda paralizado. Al cabo de unos momentos corre a esconderse tras un peñasco y me hace señas para que me acerque. Troto todo lo rápido que me permiten las piernas mientras estrecho a mi hijo contra el pecho, intentando darle calor. Al llegar junto al tullido veo el penacho de humo que se eleva desde la cornisa. Miro al niño, el tiempo se agota. El extraño comprende, aprieta los dientes y continúa ascendiendo. Yo lucho para no quedar atrás.

Un ser que dormita junto a una hoguera se sorprende al vernos aparecer. Se pone en pie de un salto. Es uno de ellos, pero más alto y pálido. Se cubre con un manto de piel de oso, calza unas botas hechas con las patas traseras del animal, que conservan las garras, y una piel de nutria le protege la garganta. Se adorna con varios collares de cuentas y conchas, traídas de tierras lejanas, y corona su frente la cornamenta de un ciervo, sujeta por un turbante de piel.

—¿Venís a ver a la sacerdotisa de la diosa? —pregunta con voz solemne en cuanto se sobrepone.

El tullido tarda unos segundos en responder.

—Sí. ¿Quién eres?

—Su hechicero, el que permite el paso a los espíritus que sufren. ¿Podéis pagar?

—Encontraremos la forma.

—Si el pago no es adecuado, la sacerdotisa os maldecirá y moriréis de muerte horrible.

Sus supercherías no me asustan, me protege el Espíritu del Mamut, pero el tullido parece atemorizado. Traga saliva y, con un hilo de voz, afirma poco convencido:

—La diosa quedará complacida.

El extraño nos conduce al interior de la cueva. Tras un corto pasadizo se ensancha en un espacio circular, de cuyo techo descienden enormes puntas de piedra, como gigantescos colmillos de una bestia a punto de devorarnos. También del suelo surgen sus dientes inferiores, por todas partes. Sentada en un trono de piedra está la sacerdotisa. Morena de pelo y piel, delgada, con una corona de flores y un abrigo de marta, blanco como el hielo del glaciar. A su lado, una niña, vestida igual que ella, empuña una enorme vara de álamo. La mujer tiene los ojos en blanco y mueve lentamente la cabeza, de un lado a otro. La sala huele a extrañas hierbas quemándose en la hoguera que arde en el centro. Me siento aturdida, pero, aun así, debo acercar al niño para que recupere el calor.

—¡Oh sacerdotisa! ¡Estos tristes y pobres mendigos acuden ante ti para suplicar el oráculo de la Diosa! ¡Necesitan tu sabiduría y están dispuestos a pagar por ella!

La mujer acentúa su cabeceo y un murmullo empieza a surgir de la garganta, tomando forma de palabras que nadie entiende.

—Pobres peregrinos. Sabidubuscadores, humilla-suplicantes de dudasipadas temorauyentos. Tranquiladosos protejuidos. Encoculta migosotros a todos vosotros. Envejemurais felices paraisolleve. Oraculopa gosatisfácele.

El hechicero no mueve un músculo. Al fin toma la palabra.

—¡Ahora pagad! La Diosa ha hablado.

El tullido está pálido, agarrotado por el miedo, sin embargo reúne las fuerzas necesarias para hablar.

—Déjanos pasar la noche y, si no te gusta el pago que tendré mañana, ¡oh sacerdotisa, que todo lo sabe y todo lo ve!, dispondrás de nosotros.

El sueño me vence, mientras oigo al tullido golpear un trozo de marfil con sus herramientas de piedra. Cuando despierto, ha recogido ya y está en pie. El guardián de la cueva se acerca y permanece ante él, desafiante.

—¿Dónde está el pago?

El tullido saca una figura de marfil. Es una mujer sin rostro, de grandes caderas y pechos que sujeta un cuerno en una mano. Es increíblemente hermosa, parece más humana que extraña. La reconozco de inmediato: es Fertilidad, la diosa que trae abundancia de frutos y caza y bendice a los clanes con numerosos hijos. Ellos también la adoran. El hechicero suaviza la expresión.

—Es la diosa... es muy bella, la sacerdotisa estará complacida. Es un pago adecuado.

El tullido señala una figura que ha pintado en la entrada de la cueva. Un ser con cuernos de ciervo y garras de oso en los pies.

—El sabio guardián de la sacerdotisa. Estará ante la cueva para siempre —dice en tono solemne.

El extraño levanta la vista, una lágrima rueda por su mejilla y le empapa la barba. Estos seres muestran demasiado sus emociones. Sin decir palabra, se quita la piel de nutria del cuello y se la tiende. También paga sus deudas. El tullido envuelve al niño con ella y me lo entrega.

—¿Es tu hijo? —pregunta el otro.

El tullido responde con un monosílabo, aguantándole la mirada.

Yo no altero un músculo. Cojo al niño y lo abrazo. Sé que el tullido es repulsivo en su aspecto y en su debilidad, pero, desde que oí aquella palabra, lo quiero con todas mis fuerzas.

48 a. C. - Sit nobis terra levis

Hoy, en el tercer día del primer año de Tiberio César Augusto, yo Tito Cecilio Metelo «Farsalio», decido afrontar las consecuencias de mis actos, tal y como exige mi honor. Pero antes, mi querido hijo, deseo aliviar mi espíritu, narrándote lo acaecido el día en que pude cambiar la Historia. Lee esta epístola con cariño filial y extraerás provechosas enseñanzas.

Me encuentro en el escenario del penúltimo acto: el Campo de Marte, junto a la estatua de Pompeyo el Grande, donde se reúne el Senado. Aquí abandonaron el cuerpo moribundo de Cayo Julio César los conspiradores. Pero debo retroceder hasta la víspera de la batalla de Farsalia.

Yo era el *optio* de la tercera centuria de la quinta cohorte de la octava legión, en el ejército de Julio César. La campaña no marchaba bien. Cneo Pompeyo Magno nos había acosado durante meses, sin trabar combate. Tenía su inmenso prestigio personal, una flota poderosa, el doble de infantes y seis veces más jinetes. No permitió que nuestro ejército se aprovisionara y exhibió su fuerza,

acampando donde pudiéramos contar las hogueras. Cada día, decenas de hombres abandonaban nuestras filas para unirse a su ejército. Habría conseguido la palma de la victoria sin apenas derramar sangre, pero algunos de los senadores que lo acompañaban exigían una victoria con honor. Tal vez fue Catón el Joven, puede que Metelo Escipión o quizás Marco Junio Bruto, el hijo adoptivo de nuestro general. Todo quedó dispuesto para una batalla en la llanura de Farsalia.

La víspera del enfrentamiento, César consultó a uno de sus arúspices etruscos. Inició los auspicios en medio del campamento, ante todos. De pronto, se detuvo, agarró el brazo del triunviro y me señaló. «Ese será la clave de tu victoria». César meditó unos instantes y me llamó: «Muchacho, a partir de hoy serás centurión. Retira al mejor hombre de cada centuria y dispón unas cohortes. Tú serás el *primus pilus*. Mañana formarás en el flanco derecho, junto a la caballería».

Yo pensaba desertar. Había recibido una epístola de mi madre, Julia Tarquinia. Empezaba con los saludos y los buenos deseos. Luego me recordó la lealtad de nuestra gens, hacia la República.

«Si César gana esta batalla, reclamará para sí más magistraturas: cónsul, tribuno de la plebe, *dictator perpetuus*, *pontifex máximus*... o todas ellas. Acabará convirtiéndose en *rex*, al estilo de Tarquino el Soberbio. El Senado solo será un *consilium* que él desoirá cuando quiera. Nuestro linaje se remonta a Caecas, que vino de Troya junto a Eneas. Los *optimates* no podemos consentir el fin de la República».

Elegí a soldados conocidos por su lealtad al Senado y a César. Hombres tan confusos como yo, que se debatían entre las dos llamadas. Los miré a los ojos, uno a uno, y les pregunté: «¿Me seguirás hasta el Inframundo si fuese necesario?». Todos contestaron: «¡Tú nos conduces!». Así, la elección quedó en mis manos.

Apenas hubo terminado, el general nos llamó a su tienda. Allí estaba Publio Cornelio Sila, que mandaría el ala derecha. César se lavaba la sangre de las manos en una jofaina de bronce, tras los sacrificios realizados a Minerva y Marte. Tomó la palabra: «La batalla se iniciará con el ataque de la caballería enemiga contra vuestro flanco. Nuestra caballería no podrá resistir, así que situarás a tus cohortes de refuerzo para apoyarla. Si la rechazáis, avanzarás contra su ala izquierda; si no, todo habrá terminado».

No hubo más que decir. Si yo cambiaba de bando, Pompeyo vencería. La suerte estaba en mis manos. Todos los hombres de mis cohortes durmieron bien. Yo no.

A la mañana siguiente cada uno ocupó su lugar. El miedo deformaba las expresiones y secaba las gargantas. Sabían lo que iba a suceder, lo habían vivido mil veces en la Galia. La guerra era una vieja conocida. Nos situamos en diagonal, ocultando nuestra presencia tras los *equites*. Cayo Julio César ocupó su puesto en el centro, montado a caballo, bien visible, con *lorica musculata* y una larga *spatha* de caballería desenvainada, rodeado de su guardia de jinetes hispanos, dispuesto a combatir. Sonaron las trompas y todo el mundo golpeó los *scuta* con los *pila*. Al otro

lado del campo, el estruendo era ensordecedor, sentimos un escalofrío. La Parca se preparaba para cortar los hilos de nuestras vidas. Mis hombres y yo guardamos silencio.

Ocurrió como el general predijo: la caballería enemiga cargó. Vimos volar jabalinas y venablos. Se oía el golpear de las hojas contra los *parmas* circulares de los jinetes, los gritos de los heridos y la locura de los relinchos y galopes de los caballos. El acre olor del miedo y el sabor de la sangre se adueñaron del aire. Nuestros jinetes comenzaron a retroceder. Mis hombres apretaban la mandíbula con fuerza y me miraban de reojo. ¡Había llegado el momento de decidir entre la lealtad al hombre o al pueblo! Julio estaba tranquilo, a punto de cargar al frente de los suyos. No pude defraudar su confianza. Me volví hacia mis tropas y grité: «¡Honor!», y cargué el primero contra el enemigo.

Los pompeyanos recibieron una inesperada tormenta de *pila*. Empuñamos las *gladii* y arremetimos contra caballeros y monturas. El enemigo huyó, perseguido por los nuestros. Mis infantes, sin tiempo para tomar respiro, cargaron contra el flanco izquierdo. Sus venablos nos diezmaron. No podíamos responder porque ya habíamos lanzado los nuestros, pero continuamos con obstinación, hasta tenerlos al alcance de nuestras cortas y recias hojas.

Mis hombres eran veteranos, recibían heridas nuevas sobre cicatrices antiguas. Tenían tanto miedo como nuestros enemigos, pero, cuando llegaron ante ellos, supieron qué hacer. Podían confiar en que el compañero de su derecha les protegería con el *scutum* y que si perdían pie,

encontrarían una *caligae* para apoyarlo y que el antebrazo de quien estuviese a su espalda los ayudaría a resistir el empuje del enemigo. Los pompeyanos eran novatos que los recibían con los ojos y la boca muy abiertos, sin saber qué hacer, o desertores que ya habían huido una vez. La República agonizaba bajo nuestros golpes, mientras sus defensores hacían aspavientos inútiles.

Pronto llegó el resto de la infantería y el ala izquierda enemiga, la más débil, se deshizo como un montón de heno en una tormenta. Muchos dirán que la victoria fue obra de la estrategia de un genio, pero se equivocan: fueron los hombres.

Después se cumplió lo que mi madre había predicho: César acaparó todo el poder. Su asesinato desacreditó al Senado. El otro hijo adoptivo de Cayo Julio: César Augusto, se hizo nombrar Emperador, aunque los senadores debían renovar su magistratura. Ahora Tiberio Julio César tiene *imperium* vitalicio. La República ha muerto y mi mano asestó el golpe fatal. El honor exige que repare mis actos.

Antes, hijo mío, quiero darte tres consejos: trata con dignidad a los hombres con los que acometes una empresa, porque tu éxito estará en sus manos; no cometas traición, oponte noblemente; cuando dudes entre dos opciones, inclínate por la más difícil. Puede que la Victoria te sea esquiva, pero te sabrás un hombre digno.

Ahora voy a morir atravesado por mi propio *gladius*, como un viejo *milite*. Puede que mis fuerzas flaqueen por la edad, así que mi antiguo esclavo, Endovélico, guiará

mi mano. Él me pondrá la moneda bajo la lengua, para pagar al barquero. Lo he manumitido porque me ha servido bien. Te habrá llevado esta epístola, espero que lo premies como su lealtad merece.

Nos volveremos a ver en el Inframundo, cuando Plutón y Proserpina pesen tu alma. Hasta entonces te deseo una larga y próspera vida. Después, que la tierra nos sea leve.